

La contribución de A. de Capmany a la creación del vocabulario técnico-científico castellano

Fue el siglo XVIII una época revolucionaria, y no sólo en el campo de la política. Los filósofos ilustrados, además de ocuparse de las cuestiones relacionadas con la dialéctica del poder y del pueblo, del soberano y de sus súbditos, serán los precursores de nuestra era tecnológica.

Resulta fácilmente comprensible que el castellano de esa época tuviese que crear en poco tiempo su léxico técnico, para poder expresar con palabras los nuevos conceptos, ciencias y artes recientemente introducidos en la Península. En efecto, aunque con retraso, los avances tecnológicos llegaban a nuestro país y se divulgaban por medio de traducciones de los tratados extranjeros que aquí se conocían en su versión francesa, aunque no fuese en algunos casos la original, por actuar el francés como lengua vehicular y “universalmente” conocida en toda Europa.

La preocupación por el vacío existente en el vocabulario técnico castellano se patentizará en no pocos casos. Así, José Cadalso podría ser un claro exponente cuando afirma:

En España, como en todas partes, el lenguaje se muda al mismo paso que las costumbres; y es que, como las voces son invenciones para representar las ideas, es preciso que se inventen palabras para explicar la impresión que hacen las costumbres nuevamente introducidas...¹

Otros eruditos españoles vieron también claramente que la lengua castellana podía y debía crear su léxico técnico sin servilismos ni plagios del francés, tan abundantes por otra parte en las traducciones a las que hemos hecho referencia. Entre ellos se encuentra Antonio de Capmany (1742-1813), que por sus aportaciones destaca especialmente. La Real Academia de la Lengua, en el Prólogo a su *Diccionario de Autoridades*, prometía también un vocabulario de Artes Liberales y Mecánicas, aunque en la práctica se conformaría con hacer referencia a “las que han

¹ J. Cadalso: *Cartas Marruecas (y Noches Lúgubres)*, Ed. Cátedra, Madrid, 1979, Carta n^o XXXV, pp. 169-170.

parecido más comunes y precisas al uso, y que se podrían echar de menos”².

Los políticos ilustrados manifestarán incluso su interés por este tema. Así, Rodríguez Campomanes en su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento* (1775) expresará su deseo de que las Sociedades Económicas de Amigos del País se encarguen, entre otras cosas, de redactar unas listas de vocabulario que recojan el léxico empleado en cada provincia para designar las facetas de los diferentes oficios.

En la misma línea, la ingente labor desarrollada por el jesuita P. Terreros, que se dedicó a visitar los talleres y recoger las palabras que en ellos se empleaban, será cortada de raíz por la expulsión de la Compañía y el destierro de Terreros a Italia. Sin embargo, los materiales por él recogidos fueron publicados en Madrid, en 1786, por orden de Floridablanca. El carácter enciclopédico de este diccionario no se prestaba a una rápida y efectiva consulta.

En medio de esta preocupación general, Capmany aportará nuevas soluciones y un correcto enfoque del tema.

A lo largo de toda su producción lingüística podemos rastrear su interés permanente por la creación de un vocabulario castellano adaptado a las nuevas ciencias europeas que comenzaban a ser conocidas en España. Comenzando por su *Arte de Traducir el idioma Francés al Castellano* (1776), en cuyo Prólogo dice:

Desde que el idioma francés se ha hecho en este siglo intérprete de los conocimientos humanos, esto es, de las verdades y errores antiguos y modernos, debemos confesar que la Francia ha hecho sabia su lengua consagrándola al idioma de las ciencias³,

encontramos ya una pequeña lista de tecnicismos, que será predecesora de la gran tarea desarrollada por este lingüista en su *Nuevo Diccionario Francés-Español* (1801).

En 1786, año de publicación del diccionario de Terreros, Capmany hablará de nuevo de este problema en su *Teatro Histórico-Crítico de la Elocuencia Castellana*, que él concibe como una miscelánea de la mejor literatura castellana:

² Academia Española: *Diccionario de Autoridades*, Imprenta del Hierro, Madrid, 1726. Ed. facsímil en Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, Madrid, 1979, p. V.

³ A. de Capmany: *Arte de traducir el Idioma Francés al Castellano con el vocabulario lógico y figurado de la frase comparada de ambas lenguas*, Madrid, Impr. de Antonio de Sancha, 1776, Prólogo, p. XI.

La comezón general por traducir sin elección, en algunos casos, y en los más, la comezón por correr que no sufre espera, junto con la impericia de casi todos los traductores que, hasta hoy, han querido hacerse instrumentos para comunicar al público la instrucción extranjera, son la principal causa de la lastimosa degeneración que en estos últimos años iba experimentando nuestra lengua.⁴

Observamos a través de estas palabras su oposición denodada a la introducción de galicismos innecesarios y su defensa de la riqueza y pureza de la lengua castellana, por medio de la selección de fragmentos de las mejores obras literarias de nuestros clásicos.

Su *Nuevo Diccionario Francés-Español* (1801), que le costó, según sus propias palabras, seis años de intenso trabajo constituye la cúspide de la labor iniciada en el *Arte de Traducir*, por la gran cantidad y variedad de vocablos técnicos recopilados y por sus aportaciones personales y a veces únicas a la creación de los mismos. En el Prólogo de este Diccionario Campany acepta que el Francés esté mejor dotado de voces técnicas que el castellano, pero asegura que estas palabras no son exclusivas de la lengua francesa, sino que ésta las ha creado a partir de otras lenguas (latina y griega, sobre todo), del mismo que puede hacerlo a su vez el castellano⁵.

Capmany expondrá los mismos métodos de formación del vocabulario técnico castellano que los adoptados por el Francés del siglo XVIII para idéntico fin⁶; es decir: el recurso a las hablas locales, los préstamos del latín y del griego, las formaciones híbridas y los préstamos intercientíficos.

En su *Teatro Histórico-Crítico* señala la riqueza que posee el castellano en voces locales y familiares, que pueden ser aprovechadas para incorporarlas a los nuevos conceptos:

Los que creen que nuestra lengua nacional está circunscrita toda en los libros y en los diccionarios y no quieren comprender en su inmenso caudal igualmente la lengua no escrita, exclaman que carecemos de voces para las artes.

⁴ A. de Capmany: *Teatro Histórico-Crítico...*, Madrid, 1786-1794, 5 tomos, T. I, ("Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana"), pp. CXXX-CXXXVIII.

⁵ "En esta adquisición, ó cosecha de las voces didácticas, que no son francesas ni de linaje ni de nacimiento, aunque estén en su diccionario, pues son de todas las naciones cultas, han hecho más progresos sus escritores que los nuestros..." *Diccionario...*, Imprenta de Sancha, Madrid, 1801, Prólogo, pp. XX-XXI.

⁶ Vid. M. Fuchs en F. Brunot: *Histoire de la Langue Française*, Tome VI, Première Partie 2, Librairie Armand Colin, Paris, 1966.

Pregúntenselo al labrador, al hortelano, al artesano, al arquitecto, al marinero... etc.; y hallarán un género nuevo de vocabularios castellanos que no andan impresos, y que no por esto dexan de ser muy propios, muy castizos, y muy necesarios de recopilarse y ordenarse, para no haber de mendigar todos los días de los idiomas extranjeros lo que tenemos sin conocerlo en el propio nuestro⁷.

En su *Diccionario* hablará también de los otros métodos de formación de léxico técnico que hemos enumerado. En cuanto al recurso a las lenguas latina y griega, afirmará que:

La misma libertad que se han tomado los franceses para ennoblecer y enriquecer sus escritos didácticos, ó de pura erudición, tenemos nosotros quando queremos escribir, ó traducir. ¿Habíamos de estrechar los límites y restringir las facultades naturales de la lengua española, siendo dialecto legítimo de la latina, y amiga de la griega por la facilidad de sus composiciones?⁸

Las formaciones híbridas, adaptadas a la grafía y pronunciación castellanas, “nada importa que muchas... no se hallen en nuestros diccionarios castellanos... Son voces de la lengua docta, aunque no lo sean del diccionario: la necesidad las autoriza y la analogía las prohija y españoliza”⁹.

No debemos pensar que Capmany deseche totalmente las palabras técnicas acuñadas por el francés. Muy al contrario, las acepta como algo ya establecido y útil, aunque recomienda a los traductores que no las copien literalmente, sino que las adapten a la grafía y pronunciación castellanas, para ello expone en su *Diccionario* unas reglas generales concernientes a las desinencias de las mismas:

Por ejemplo todas las terminaciones francesas en “age” y “ague”, en “arque, ere, gone” y “oque”, deben convertirse en las desinencias españolas en “algo, arca, arco, ério, gono, oca y oquo”¹⁰.

Capmany demostraba en su *Diccionario* que el lenguaje científico es universal, y que el castellano de su época era tan apto como cualquier otra lengua para crearlo y emplearlo.

Si atendemos a la fecha de introducción en nuestra lengua de los vocablos que recopila Capmany, observamos lo siguiente: De las 57 palabras de que consta la lista expuesta en el *Arte de Traducir*, 33 existían con anterioridad; en algunos casos se remontan incluso a varios siglos de antigüe-

⁷ A. de Capmany: *Teatro Histórico-Crítico... op. cit.* “Observaciones...”, pp. CLXVIII-CLXIX.

⁸ A. de Capmany: *Diccionario... op. cit.*, Prólogo, p. XV.

⁹ Idem, p. XXII.

¹⁰ A. de Capmany: *Diccionario... op. cit.*, p. VII.

dad. En esos casos, como buen conocedor de la literatura castellana, Capmany ha resucitado *antiguos* vocablos que podían aplicarse a nuevos conceptos. Es el caso de “prematureo” (1737), “intempestivo” (1739), “ce-táceo” (1624), “consuetudinario” (s. XVI), “solariego” (1239), “aéreo” (1515), “leñoso” (1555), “correoso” (1490), etc.¹¹

Sin embargo, en otros casos Capmany había mencionado ya el vocablo castellano mucho antes de la fecha indicada por Corominas y Pascual, como “alisios”, que ambos autores datan en 1884, o “crustáceo”, fechado por ellos en 1832.

De las cincuenta y siete entradas de que consta dicha lista del *Arte de Traducir*, al menos cuarenta y cuatro han persistido en el castellano actual, aunque a veces con ligeras variantes, como: “faciticio” por “ficticio”, “calcaria” por “calcárea”... Entre los rechazos, podemos contar el adjetivo “azufroso”, que Capmany propone, junto a “sulfuroso”, que sí ha prosperado. Otro tanto sucede con “lactinoso”, substituido por “lácteo” o “nérvéo”, que pasó a “nervioso”.

En otros casos, Capmany opta por traducir el adjetivo francés por medio de una perífrasis, como “Navire negrier. Navío del comercio de negros”, o “Style romanesque. Estylo fabuloso, ó de novela”. Sin embargo, estos ejemplos son poco frecuentes y responden siempre a aquéllos en que la traducción por un adjetivo o sustantivo simples resulta difícil.

En cuanto al “Suplemento” a su *Diccionario*, Capmany afirma en el Prólogo al mismo que recogerá en él únicamente aquellas palabras menos comunes y más específicas de cada ciencia u oficio. Este “Suplemento” está constituido por una lista de mil quinientas diecinueve palabras.

Su actividad fue intensa y recogió términos de todo tipo de ciencias, tanto de disciplinas puramente técnicas como humanísticas, además de prestar atención a las creencias religiosas y filosóficas.

Además, a la mera traducción del francés al castellano añade una explicación de las propiedades o utilización del concepto que designa el término en cuestión. Así de “Psorophthalmie” encontramos la siguiente explicación: “s.f. (cirug.) Soroftalmía: especie de sarna que ataca á los párpados, y a sus bordes”.

En cuanto la fecha de introducción de los vocablos enumerados por nuestro autor, hemos de señalar que, siempre siguiendo el diccionario de

¹¹ Confrontándolas con la datación establecida por Joan Corominas y J.A. Pascual en su *Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico*, Ed. Gredos, Madrid, 1984, 6 vols.

Corominas y Pascual¹², sólo quinientos treinta y seis del total de los mismos se encuentran fechados; es decir, una tercera parte. El resto, o bien ni siquiera se encuentran recogidos en el mismo, por tratarse, en la mayor parte de los casos, de voces que no han pervivido en la lengua castellana, o son prácticamente inusitados.

En alguna ocasión, el propio Capmany omite la traducción directa de una voz francesa por su correspondiente castellana. Se trata de los casos ya señalados, en los que el autor utiliza una traducción perifrástica. Así, por ej.: “Acousmate.s.m. Sonido de voces humanas é instrumentos que se cree oír en los ayres”.

Frente a las ciento veintinueve palabras datadas por Corominas y Pascual en el siglo XVIII y las 98 del siglo XIX, nos encontramos con diez pertenecientes al siglo XIV, treinta y nueve al siglo XIII, seis al XII y una al XI y X. Los tres siglos inmediatamente anteriores al ilustrado cuentan asimismo con un gran número de palabras: 97, 76 y 77 respectivamente.

Es importante señalar también el hecho de que Corominas y Pascual fechen en el siglo XX diez palabras que Capmany introduce ya en su “Suplemento”, como son: “cricoides” (según Capmany “cricoida”), “disfagia, epiplón, gnómico, hidátide” (Capmany: “hidátida”), “iconoclasta, tuba, tiroides, semiótica y esfacelo”.

Sobre la vigencia de los vocablos recensados por nuestro autor en la lengua castellana actual, nos encontramos con que casi la mitad (750) han sobrevivido, aunque algunos de ellos hayan cambiado, de alguna manera, su grafía. Podemos encontrar, de este modo, variaciones en la acentuación, como: “mediástino” por mediastino; cambio de una vocal o de una sílaba final: “acróbato” por acróbata; cambio de una consonante, debido a la evolución gráfica del castellano: “alfenique” por alfeñique; cambio o introducción de una sílaba: “dermología” por dermatología; o, finalmente, cambio completo de una palabra: “kisto” por quiste.

En cuanto a los procedimientos o métodos de formación de palabras, es preciso recordar que Capmany proponía la utilización del vocabulario griego y latino, de la misma manera que lo habían hecho los franceses; por ello, en el “Suplemento” encontramos al menos 138 palabras que proceden directamente de “vocablos latinos”; 130 de origen griego y 245 formadas a partir de étimos latinos o griegos, por procedimientos de prefijación, derivación y composición; entre ellos, debemos contar también los cultismos.

Otro método de formación de palabras, ya señalado, es el de las for-

¹² J. Corominas y J.A. Pascual: *op. cit.*

maciones híbridas de vocablos, a través de las lenguas latina y griega. A este tipo de palabras pertenecen, entre otras: “aeronauta” y “paralogismo”.

Para la formación de todos estos vocablos, Capmany sigue la pauta ya enunciada y que constituye una de sus principales aportaciones; es decir, la substitución de la terminación francesa por su correspondiente castellana, atendiendo a la grafía y a la pronunciación. Así, las terminaciones en -E masculino, tipo “acrobate” serán convertidas en -O: “acróbato”, posteriormente “acróbata”; el grupo final -TION pasará en castellano a -CION; así: “abruption” se convertirá en “abrupción”; la terminación -IE femenina pasará a -IA: “adenologie” pasará a “adenología”; el grupo final -QUE pasará en castellano a -CO: “antialgique” será “antiálgico”; -IEN, -IENNE pasará a -IANO, -IANA: “antédiluvien, -enne” serán: “antidiluviano, -a”; -TEUR pasará a -TOR: “abducteur” pasará a “abductor”, etc.

Reconocía también Capmany la importancia que en la creación y adaptación del vocabulario tenían las lenguas extranjeras, aunque en todo momento recomendase que sólo se aceptasen de ellas sus palabras más genuinas, que no tuviesen traducción posible a la lengua autóctona. Por ello, en el “Suplemento” a su *Diccionario*, encontramos un buen número de vocablos que pertenecen a este tipo de formaciones, aunque siempre que es posible el autor añade al extranjerismo otra traducción castellana. Así: “abenevis. s.m. (for.) Alfarda. (Palabra que procede del árabe “fárda” íd); “Androide, s.m. Maniquí: que anda y habla por medio de muelles”. (Maniquí procede del francés “Mannequin y éste del neerlandés “mannekin”, diminutivo de “mann”: hombre) o “Houri. s.f. Huría: nombre de las ninfas del paraíso que forjó Mahoma para deleyte de los fieles musulmanes” (Hurí está tomado del fr. y éste a su vez del persa “huri”), etc.

Es preciso señalar también aquellas palabras que no figuran en el diccionario de Corominas y Pascual y que Capmany ha formado a partir de otras, por medio de procedimientos tales como la prefijación, la sufijación o la composición. Así, a partir del adjetivo “anodino” Capmany crea el sustantivo “anodinía”; a partir del griego “osmé”: olor y de su deriv. “osmio”, forma “anosmia”: falta de olfato, por medio de un prefijo negativo, etc. Con el prefijo “archi-” formará la palabra “archiepiscopado”. El proceso de composición le servirá para crear vocablos como: “blefaroftalmía”: inflamación de los párpados, formado a partir del gr. “blépharon”: párpado, o “miología”, formado por “mio-”, elemento inicial de compuestos, tomado del griego “mÿs, myós”: músculo.

Aunque no podamos afirmar que las palabras técnicas propuestas por

Capmany hayan prosperado en todos los casos, su contribución a la creación del lenguaje científico, por medio de la adecuación del ya existente en francés a la ortografía y pronunciación castellanas y de sus ideas sobre la formación de nuevo vocabulario, en los casos en que ésta era necesaria, a partir de las lenguas griega y latina, es un hecho de innegable importancia en el devenir histórico de la lengua castellana.

M^a DEL CARMEN FERNANDEZ DIAZ
Colegio Universitario de Lugo